

El agente de Willey lo seguía a regular distancia, esperando aún que cambiase de resolución.

Núñez caminaba aprisa y mirando a todas partes, buscando entre el inmenso gentío a su amigo.

Tan preocupado marchaba en esta idea, que, al llegar frente al atrio, tropezó con una mujer que, con la cabeza inclinada al suelo y cubierto el rostro con un rebozo oscuro, caminaba de rodillas hacia el templo.

La tapada levantó la cabeza, y al fijar los ojos en Núñez, dejó escapar una exclamación de asombro.

El preocupado joven, sin fijar la vista en la persona con quien había tropezado y sin oír aquella exclamación, continuó su marcha, seguido siempre de Julián.

Pero aquel grito, que para él había pasado desapercibido, lo recogió otra mujer, que quedó sorprendida y quieta al oírlo.

Núñez, después de cruzar la plaza, por en medio del gentío, tomó una calle estrecha, que está a la derecha, y penetró en el ancho zaguán de una casa.

El hombre que lo seguía, se quedó en la acera de enfrente, triste y pensativo.

—¡Ya no hay remedio!—dijo, y se dirigió al sitio en que lo espera Willey.

—¿Dónde has dejado a Núñez?

—En la casa en que se reúnen los conjurados.

En la fisonomía del doctor brilló la alegría, y dijo frotándose las manos.

—Hemos triunfado.

En aquel mismo instante se dirigía a toda prisa hacia su coche don Emilio.

El lacayo le abrió la portezuela, y al penetrar en el carruaje, dejaron escapar Inés y Clotilde una exclamación de alegría.

—A casa, inmediatamente—dijo el auriga, sentándose enfrente de las dos hermosas.

El cochero aplicó el látigo a los briosos caballos, y el coche rodó con dirección a la capital.

—¿Y Leopoldo? —se atrevió a preguntar Inés—. ¿Lo has visto?

—No; ya no estaba cuando llegué a la iglesia, en el sitio en que me indicaste, y no he podido encontrarlo en ninguna parte.

Clotilde sintió discurrir por sus miembros un frío mortal.

—¡Sin duda está preso!—pensó interiormente, y su semblante se veló de una palidez extrema.

Inés inclinó la cabeza sobre el pecho, y contuvo un suspiro próximo a exhalar.

Entretanto, el gentío que se dirigía a la Villa era cada vez mayor.

Los fondistas continuaban vendiendo su mole verde. Las indias pregonaban en mal castellano sus efectos. La gente del bajo pueblo bailaba en el «Cerro» al son de la «jarana», bandolón y arpa, después de haber almorzado el sabroso «chito» y los frijoles gordos, ayudados de sendos tragos de pulque.

La aguda voz de las vendedoras de «tortillitas» se unía a la ronca y destemplada del cacahuetero, del naranjero y del vendedor de agua de limón. Los indios seguían bañándose la cabeza en el agua azufrosa del «Pocito».

La fiesta continuaba alegre y animada. El bullicio se aumentaba.

Y el coche que conducía a Inés, Clotilde y don Emilio, desapareció entre las espesas nubes de polvo que los carruajes y los caballos levantaban en la espaciosa calzada.

## CAPITULO X

### En la prisión

Hace tiempo que vimos conducir a la cárcel en medio de una patrulla de soldados, a un inocente, por el crimen de asesinato que se le imputaba.

Este preso era don Félix Huerta, el honrado dependiente de don Felipe Flan.

Al escuchar el ruido de los cerrojos de las pesadas puertas que tras de sí se cerraban, sintió helársele la sangre en las venas, y que sus piernas flaqueaban. El aspecto lúgubre de aquella oscura mansión, donde se le encerraba, confundiéndolo con los mayores criminales de la sociedad, le hizo estremecer de horror. Pálido y abrumado con el peso de su desgracia, seguía al carcelero que, con su opaco farol en la mano izquierda y un manajo de llaves en la derecha, atravesaba por oscuros y sucios pasillos, con estrechos calabozos de uno y otro lado, donde resonaban las blasfemias y las maldiciones de los desesperados presos.

El carcelero se detuvo en el fondo del último pasillo, enfrente a una puerta baja y gruesa, de cedro; quitó los duros cerrojos y mandó a don Félix que penetrase en aquel antro que le debía servir de habitación.

El calabozo era estrecho, húmedo y con el techo tan bajo, que casi se tocaba a él con la cabeza; no tenía ventilación alguna y no penetraba en él otra luz que la escasa que permitía una mezquina claraboya, con gruesas rejas, practicada encima de la puerta.

El único objeto que se encontraba en este calabozo, era una tarima con un aplastado jergón que servía de asiento y de lecho al desgraciado que entraba allí.

Al abrir la puerta y penetrar en aquella horrible mansión, un aire húmedo y malsano dió en el rostro del infeliz joven, que sintió resbalar sus pies en un piso blando de mojada tierra.

No bien pasó el umbral de su estrecha prisión, cuando se cerró tras sí la pesada puerta que le separaba de todos los vivientes.

Don Félix, agobiado por el peso de la desgracia, se acercó a tientos hacia el lecho, que se hallaba en el rincón.

Al tocarlo, se estremeció de horror; consideró que sobre aquel mismo jergón habrían descansado los temibles criminales, y sus facciones se contrajeron de espanto; un sudor frío corrió por su espaciosa frente, y un temblor continuo se apoderó de todos sus miembros. Tenía necesidad de sentarse, y no podía sobreponerse al horror que le inspiraba la repugnante tarima en que habían dormido millares de malhechores y asesinos.

Así permaneció un largo rato, hasta que, no pudiendo resistir al cansancio y al temblor de sus piernas, se dejó caer abatido sobre el miserable lecho, tapándose el rostro con ambas manos. Aun estaba manchada su camisa con la sangre de su querido principal, cuya horrenda muerte no se podía apartar un solo instante de su viva imaginación. Veía delante de sus ojos el cadáver del hombre que poco antes le había colmado de favores, y su aflicción y su dolor se aumentaban con la consideración de que el público le creyese capaz del crimen que se le imputaba.

—¡Mañana, las personas que me distinguían —exclamó el infeliz—, me tendrán por un infame asesino! ¡Mi nombre aparecerá en los papeles públicos como el de un ingrato, digno del desprecio y de la execración del mundo! ¡Y Soledad! ¡Ah! Soledad también me maldecirá tal vez, creyéndome el verdugo de su digno protector. ¡No, Dios mío! —añadió, cayendo de rodillas—; ¡no me hagas pasar ante ese ángel que me fué encomendado por mi moribunda madre, por un miserable..., por un infame indigno de su compasión!

Las pocas horas que faltaban para que alumbrase la luz del nuevo día, las pasó el afligido preso entregado a las reflexiones más tristes y desgarradoras. A costa de las ocho de la mañana, entró el carcelero con el desayuno, que consistía en una taza de «atole» y en un poco de pan; lo puso sobre el lecho, y se retiró sin pronunciar una sola palabra.

En aquel mismo día se le tomaron nuevas declaraciones, y a todas las preguntas que se le hicieron, contestó de la misma manera que la noche anterior.

La humedad, el aire malsano, la falta de ventilación de aquella caverna, los malos y escasos alimentos, y sobre todo, el sentimiento y la vergüenza de verse acusado de un crimen que debía hacerle odioso a la sociedad, de tal manera destruyeron su salud que, a los veinte días de verse en aquel sitio, solo, incomunicado y sin escuchar otra voz que la ronca del carcelero que le llevaba la comida, parecía un convaleciente que acababa de salir de una larga y peligrosa enfermedad. Los sonrosados colores de su simpática faz, llena de animación, de juventud y de vida, habían desaparecido ante el amarillento y melancólico tinte que imprimen la tristeza y los padecimientos morales. Nunca la memoria de Soledad se había presentado a su mente tan seductora, tierna y dulce, como en aquella horrible mansión en que se veía sepultado, y de donde tal vez caminaría al patíbulo.

Ni un instante podía apartar de su imaginación los hechizos que atesoraba aquel ángel cuya memoria endulzaba sus amargas y profundas penas.

—¿Qué será de ella? —pensaba a todas horas—. ¿A dónde habrá ido al verse arrojada de la mansión en que, adorada de todos, se deslizaba tranquilamente su vida, confiándome los cándidos secretos de su corazón? ¿Me consagrará siquiera un recuerdo, a mí, que no me olvido un instante de ella, o maldecirá, acaso, mi memoria, creyéndome manchado con la sangre de su bienhechor? ¡Dios mío, Dios mío! ¡no permitas que se una esta nueva desgracia a las muchas que me afligen y me abruman...! ¡Todo lo puedo soportar, menos su odio o su aborrecimiento! ¡Sí..., todo, menos eso...!

Y el desgraciado joven se atormentaba con aquel pensamiento que no le abandonaba.

¡Pobre Félix!

¿Por qué la acusación de un crimen que echaba sobre su limpio nombre un borrón indeleble, la privación de la dulce libertad y las incomodidades de su estrecha prisión,

le ocupaban menos que la idea del desprecio de la hermosa Soledad?

Esto es lo que él mismo no sabía explicarse. Hasta entonces había vivido en la creencia de que nada podía interesar tanto al hombre honrado como mantener incólume el limpio lustre de su apellido; pero en aquel instante veía que había cosa que se sobreponía al aprecio de la sociedad, y era la estimación, el recuerdo, el cariño de su su-puesta hechicera prima.

En vano se reprendía a sí mismo y se echaba en cara la debilidad de posponer su reputación y su buen nombre al deseo de un simple recuerdo de la hermosa joven. Por más que procuraba acatar los fueros de la razón, su pecho se revelaba contra ella, y el corazón quedaba vencedor en aquella terrible lucha de pasiones y deberes.

¿Y aquel imperioso afecto que lo dominaba, reconocía por origen una simple y sincera amistad, como él hasta entonces se había figurado, o tenía por causa esa pasión más vehemente, más fuerte, más dominante, que el mundo denomina amor?

He aquí lo que no nos atrevemos a responder, por más inclinados que nos hallemos a creer lo segundo.

Sin embargo, nos vemos en la imprescindible obligación de decir, en obsequio de la verdad, que él estaba en la firme persuasión de que su afecto no reconocía otra causa que el cariño sincero, la deferencia, el interés noble y franco que se profesa a una tierna y dulce hermana.

Nosotros, pues, respetamos su creencia, y sin poner en tela de juicio el origen de sus sentimientos, dejemos libre el vasto campo de las conjeturas a las personas analizadoras que traten de investigar el verdadero motivo de aquel afecto, que le hacía olvidar todos los demás.

Así pasaba los días en aquel oscuro encierro, poniendo la esperanza de su libertad en la fe de su conciencia.

Pero ésta era interna y sólo él estaba persuadido de la rectitud de sus acciones, mientras las apariencias eran públicas, estaban al alcance de todo el mundo y le acusaban con la fuerza de una verdad sin réplica.

Hasta algunas monedas de las falsas que don Felipe le había dado para que las examinara al siguiente día al en que tuvo lugar el asesinato, y que se le encontraron en el bolsillo, sirvieron para aumentar la fuerza del proceso que lo condenaba.

El gobierno, al entrar en posesión de todo, había encontrado en las cantidades entregadas por Duval, los pesos

que había cortado Flan, y descubriendo por ellos que todo el dinero era falso, los jueces hicieron un nuevo interrogatorio a don Félix, para saber la causa de estar él en posesión de un dinero de igual naturaleza.

El honrado dependiente declaró sencillamente su procedencia, manifestando que lo había entregado en pago Duval.

El juez, sin pérdida de tiempo, dió orden para catear la casa de Duval, reconocer todo el dinero que en ella se encontrase, y para que compareciese a contestar a la acusación que don Félix le hacía.

Los encargados de ejecutar aquellas órdenes cumplieron escrupulosamente con ellas; pero nada falso encontraron, porque Duval, previendo lo que debía suceder, había sacado con anticipación cuanto dinero fabricado por sus socios tenía, y sólo dejó gruesas cantidades de excelente moneda.

Sin embargo, fingiendo una indignación justa y extrema por la ofensa que se le infería, se presentó al juez suplicando hiciese comparecer al impostor que, para eludir el nuevo cargo que se hacía contra él, se había atrevido a acusarle.

El juez hizo, en efecto, ir a su presencia a don Félix, y ordenándole que expusiese las razones que tenía para acusar a un hombre honrado como Duval, manifestó las relaciones de comercio que habían existido entre ellos, y la manera casual como se había descubierto la mala ley del del dinero entregado.

—¿Cuánto tiempo hace que tenía en la casa cuenta corriente el señor Duval?—preguntó el juez.

—Hace muchos años.

—¿Y cuándo llegó usted a saber que el dinero era falso?

—A sospecharlo, llegué desde la feria de Tlalpan.

—¿Cómo?

—Habiendo entrado en la feria de Tlalpan, a una nevería, oí contar a un individuo del bajo pueblo el caso de haber partido algunos pesos pertenecientes a las cantidades de dinero que suelen traer al señor Duval, y asegurar que tenían el corazón de cobre.

—¿Y sabe usted dónde vive ese individuo?

Duval palideció.

—No, señor.

El inicuo amigo de Willey respiró y recobró su aplomo.

—Pero ¿lo conoce usted?

—Tampoco, ni llegué a verlo.

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque una cortina dividía la pieza en que yo estaba, de la que ellos ocupaban.

—Y ¿por qué no entró usted a preguntarle lo que había sobre el particular, cuando era un asunto de tanta importancia para usted?

—Porque nunca imaginé que el señor Flan sería asesinado, y pensé que con cerciorarme yo mismo del caso, era suficiente.

—¿Y cuándo llegó usted a cerciorarse?

—Pocas horas antes de que me viese reducido a prisión.

—Es decir, ¿la misma noche en que se cometió el asesinato?

—Sí, señor.

—¿Y qué pruebas puede usted presentar para que la acusación tenga fuerza sobre el señor Duval?

—Pruebas, ningunas más que la palabra de mi principal, que es sagrada para mí.

—¿Y quién nos asegura que en efecto le dijo a usted lo que afirma?

Don Félix no encontró qué contestar a aquella pregunta; miró inquieto a todas partes, y no hallando respuesta satisfactoria, se cruzó del brazo, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

Duval dejó asomar a su rostro una sonrisa de triunfo.

El juez, viendo la actitud del desgraciado joven, continuó:

—¿No puede usted señalar algún testigo que asegure haber escuchado de los labios del señor Flan lo mismo que usted escuchó?

Don Félix levantó con languidez la cabeza, dejó escapar un suspiro y contestó con acento conmovido:

—¡Ninguno! Era tan bueno, que trataba de no perjudicar al hombre que lo había engañado, contentándose con suplicarle que reparase el mal causado.

—Pero esa generosidad con un criminal, le hacía cómplice a él mismo.

—Esa fué la observación que yo le hice.

—Y a pesar de eso ¿insistió en su pensamiento?

—Quiso dejar la resolución para el siguiente día.

—¿Qué tiene usted que contestar —dijo el juez dirigiéndose a Duval—, a las palabras de su acusador?

—Muy poco, ciertamente, pero que bastará a poner en ridículo su incalificable acusación. ¿Es creíble que, siendo el señor Huerta un dependiente tan celoso de la prosperidad de la casa del señor Flan, dejase de dirigirse al hombre que me acusaba, y que se alejase de la nevería, sin

haber tenido siquiera la curiosidad de conocer al que podía servirle un día de testigo? ¿Es posible que en una serie de años no se haya descubierto en una casa de comercio de las más notables, la mala ley del dinero que casi diariamente entregaba, y que se haya venido a aclarar en la misma noche en que se asesinaba infamemente al único que podía acusarme? ¡Ah!, por sensible que me sea recordar escenas desgarradoras, ahora comprendo que el motivo de aquel crimen que ha horrorizado a la sociedad, era consecuencia precisa del delito de falsificación. Estoy seguro de no equivocarme en lo que voy a decir: En este instante se descubre ante mis ojos el velo que ocultaba la causa de ese crimen.

—¡Cómo!—exclamó el juez admirado.

—Sí; la causa es la fabricación de esas cantidades; y el fabricante de ellas no puede ser otro que don Félix, quien al verse, sin duda, descubierto por su principal, cuyo dinero substituiría con el suyo, no encontró otro medio para dejar oculto su delito, que cometer el espantoso crimen de asesinarlo en su cama. Todas las declaraciones están de acuerdo en que la fatal noche en que una mano alevosa me privó de uno de mis mejores amigos, don Félix y Flan permanecieron solos en el almacén hasta una hora desusada de la noche. ¿Qué motivo existía para ello? La aclaración de aquel hecho. Más tarde se los vió subir juntos hasta el cuarto del segundo. ¿A qué lo acompañaba el dependiente? Sin duda buscando por pretexto disculparse de la falta que se le echaba en cara, o rogando que no le denunciase, no llevando en realidad otra mira que la de estar dispuesto a quitarle la vida tan luego como le viese dormido. ¿Cómo se explica, si no, el encuentro del puñal que según se asegura lleva impreso en la hoja su nombre y apellido, y al verle manchado con la sangre de la víctima, cuando ningún otro pudo penetrar en la casa ni salir de ella?

Don Félix, que no esperaba verse acusado por el mismo a quien se había creído con derecho de acusar, quedó sorprendido y sin saber qué contestar.

El juez interpretó su silencio como una prueba de impostura que había buscado para salvarse del cargo de falsificador, y en la entereza y seguridad de Duval, la autoridad que da la inocencia.

No teniendo, pues, nuevas preguntas que hacer al que aparecía reo, ordenó a los guardias que lo condujesen al calabozo.

El desgraciado joven salió de la sala del juez precedido del carcelero y seguido de dos soldados que habían ido custodiándolo.

Duval, entretanto, apareciendo como un leal amigo de Flan, levantaba con orgullo la cabeza y se lamentaba con el juez de la debilidad humana que vuelve ingratos a los que más favores han recibido de sus protectores, como había sucedido, agregaba, con don Félix.

El juez refirió algunos casos semejantes a aquél, y después de ofrecerse a la disposición de Duval, salió a acompañar a éste hasta la puerta.

El infame socio de Willey, al verse en la calle, respiró con libertad; conoció que nada tenía ya que temer, y se dirigió lleno de satisfacción y con aire de triunfo, hacia la casa del doctor, para comunicarle lo que había pasado, mientras el inocente Félix volvía a penetrar en su calabozo, abrumado con el terrible peso de la acusación de asesino que pesaba sobre él.

## CAPITULO XI

### El carcelero

Don Félix, como hemos visto, volvió a ser conducido a su calabozo, abrumado con nuevas acusaciones, en tanto que Duval, salía triunfante, recibiendo mil demostraciones de amistad y de deferencia de parte del juez.

El desgraciado dependiente de Flan, al verse solo, y encerrado en su prisión, conoció más que nunca lo crítico de su situación, y empezó a temer una sentencia injusta.

Desde aquel momento transcurrieron los días para el pobre joven en una espantosa tristeza y desconsuelo, que afectaron su salud.

A los padecimientos morales se asociaron los físicos, originados por la falta de ejercicio, de ventilación y de buenos alimentos.

Al verlo pálido y extenuado, el juez temió que el preso se muriese antes de terminar la causa, y pidió que se le trasladase a otro calabozo más seco y ventilado.

El carcelero, compadecido de su juventud y conmovido por la resignación cristiana con que soportaba los males, lo trataba con humana consideración.

—Vamos —le dijo un día, entrando como de costumbre a

llevarle la comida—, veo que no estaba usted tan solo en el mundo como yo me figuraba.

—¿Qué quiere usted decir con eso, buen hombre?

—Que hasta hoy creí que nadie se interesaba por usted, pero que me he engañado.

—¡Cómo! —exclamó Félix, brillando en sus ojos la esperanza y la alegría—. ¿Hay quién se acuerde de este desgraciado?

—¡Vaya si hay!

—¿Y quién?

—Una joven.

—¡Una joven! —exclamó Félix henchido de gozo, seguro de que no podía ser otra que la hermosa Soledad.

—Sí, señor; una joven que, aunque de humilde traje, tenía un rostro de serafín.

—¡De humilde traje! —dijo Félix con acento triste, y la alegría que poco antes brillaba en su semblante desapareció de repente, como se ocultan los fecundantes rayos del sol ante la oscura nube que los vela—. ¡Ah! ¡sin duda no es ella! alguna leal criada acaso...

—¿Criada? No; estoy seguro de que aquellas lindas manos tan redonditas, finas y blancas, no han cogido jamás nada que pueda perjudicar su delicado cutis.

—¿No ha dicho su nombre?

—Primero pidió permiso para entrar a ver a usted; pero como se le dijo que era imposible por estar usted incomunicado, suplicó muy encarecidamente que se le dijese a usted que había estado a verlo.

—Pero su nombre, ¿no dijo su nombre?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—Soledad.

—¡Soledad! ¡Gracias, Dios mío! —exclamó Félix enternecido—. ¡Gracias...; ya nada temo, puesto que ella se acuerda de mí!

—Y no sólo se acuerda, sino que le tiene a usted tanto cariño, que le cree inocente del crimen de que está acusado, y me encargó que así se lo dijera.

—¡Ah! ¡ella, al menos, me hace justicia! ¡Ella conoce mi corazón!

—¿Cómo justicia, y está usted preso?

—Parece una cosa imposible, pero es verdad, porque soy inocente.

—Encerrar a la inocencia y perseguir al bueno sólo se hacía en los tiempos del absolutismo y de la inquisición;